



El Instituto de las FMM - Fundación

«El Instituto es la obra de Dios.»

María de la Pasión

Cómo nació el Instituto?

Al inicio del año 1877, María de la Pasión se hallaba en Roma. Después de doce años de fructuosos trabajos misioneros en India, como miembro de la Sociedad de María Reparadora, circunstancias imprevistas le obligan a cambiar su primera orientación. Lealmente, viene a Roma - como había hecho Francisco con sus primeros compañeros - buscando luz cerca del sucesor de Pedro, el Papa Pío IX. Para dar este paso tuvo que dejar su comunidad de Ootacamund, en el Vicariato Apostólico de Coimbatour. Ella y 3 Hermanas vinieron a Roma mientras que, en India, se quedaron dieciséis Hermanas. Se alojaron en la Via Santa Chiara, una callejuela cercana al Panteón. Esperando que la situación sea un poco más clara ellas rezan, aunque sus sentimientos van de la inquietud a la esperanza.

El 6 de Enero de 1877, fiesta de la Manifestación de Cristo a los Gentiles, El Papa Pío IX autoriza la fundación del Instituto de las Misioneras de María en la diócesis de Coimbatour, consagrado principalmente a las misiones. Las Hermanas, tanto en Ootacamund como en Roma, acogieron con gozo esta noticia.



El Instituto nació en India

"Alegrémonos de que nuestro Instituto haya nacido en esta fiesta de la Epifanía. Bendigamos a San Francisco que, en este mismo día, nos hizo la promesa, por medio de su Sucesor, de acogernos siempre bajo su manto, y recordemos su invitación: "para encontrar sitio bajo este manto y ser un rayo de la Estrella Inmaculada que atrae las almas a Jesús, es preciso ser muy puras, muy pequeñas".

(Meditación de María de la Pasión)

Algunos días después, durante una audiencia, el Papa le da ánimos y le impone las manos como confirmación de la misión que, en nombre de Dios, acababa de otorgarle: « **Dícales que les bendigo**».



Con esta bendición de Pío IX y la autorización para fundar un nuevo Instituto, María de la Pasión busca una casa en Francia para instalarse, impulsada por una fuerza misteriosa. Las vocaciones empiezan a llegar. Las fundaciones se van sucediendo.

María de la Pasión no puede prever la envergadura de la misma; día tras día, año tras año, está atenta a los signos de los tiempos, a las sorpresas de la Providencia manifestadas siempre por los acontecimientos. Confía en Dios y sigue adelante, a pesar de las contradicciones, de las pruebas crucificantes que imprimirán un sello especial a los primeros años de la vida del Instituto.

«El fin del Instituto lo hace universal.»

María de la Pasión

María de la Pasión quiere que el Instituto sea bastante ágil para poder hacer frente a las situaciones concretas y múltiples trabajos de la vida misionera. Lo que le importa es *“preparar los caminos del Señor”*, y al estilo de María, llevar la alegría de la Buena Nueva del Evangelio a los lugares más alejados. Por eso, su actividad misionera no está identificada por ninguna actividad particular específica.

La universalidad del Instituto – vivida en la aceptación de la internacionalidad/ interculturalidad – compromete a las hermanas a una disponibilidad total al servicio de la evangelización: deben ir por doquier, a pesar de los riesgos, para testimoniar, allí donde se encuentren, el amor de Dios por todos los seres humanos, a través de todos los servicios y respondiendo a las necesidades de cuantos les rodeen.

**«El Instituto no es fruto de la piedad ni de la razón humana:
es un apóstol enviado de Dios.»**

María de la Pasión

Los comienzos del nuevo instituto son duros y difíciles. Pero la alegría, la sencillez, la pobreza, el espíritu de familia, el abandono total a la voluntad de Dios... caracterizarán la vida de María de la Pasión y de sus primeras compañeras.

Y la misión se abre ante ellas en todos los rincones del mundo. El número de hermanas crece: jóvenes de todas las razas y continentes se unen a ellas. Las comunidades se multiplican. La pequeña comunidad internacional ha echado alas y emprende el vuelo...

Tan rápidos progresos demuestran que el nuevo instituto responde a una necesidad real y está guiado por la mano de Dios. María de la Pasión sabe que el Instituto no es obra suya sino un don del amor de Dios. Poco antes de su muerte, lo confía en manos de Dios, diciendo a sus hermanas:

**« Cuando me muera, habrá un vacío inmenso para el Instituto,
en todo caso no hay que temer. Si fuera mi obra, perecería conmigo, pero es la obra de Dios».**

A la muerte de la Fundadora, más de 2000 hermanas surcan los caminos del mundo, trabajando y ofreciéndose incansablemente por el Reino, al servicio de la Evangelización en los cuatro continentes.

